

CALDERÓN QUINDÓS, Fernando. *Francisco Xavier de Carrión y Ribas, diplomático zamorano, amigo de Rousseau*. Benavente: Centro de Estudios Benaventanos «Ledo del Pozo», 2018, 101 pp.

En este libro, el profesor Fernando Calderón Quindós rescata del olvido a Francisco Xavier de Carrión y Ribas, un «ilustrado invisible» (p. 91) al servicio de la monarquía borbónica, cuya vida transcurrió entre 1718 y 1779. La concienzuda y meticulosa investigación, muy bien documentada, va desentrañando con rigor y detalle la vida de este funcionario, oriundo de Alcañices (Zamora), que desempeñó con acierto y honestidad, a lo largo de su dilatada carrera diplomática, destinos en diversas capitales europeas (Venecia, Viena, Estocolmo, París y Londres). Fue secretario de embajador, secretario de legación, encargado de negocios, colaborador en una misión secreta y ministro plenipotenciario de manera interina.

La cosmopolita vida de Carrión, que se va descubriendo a lo largo de las páginas del libro, muestra a un personaje que pudo codearse con algunos de los personajes más significativos del siglo XVIII, ya fuera desde el ámbito de la política, la ciencia o la cultura. Precisamente su amistad con Jean-Jacques Rousseau, revelada en las *Confessions*, fue lo que decidió al profesor Calderón Quindós a emprender esta investigación, a partir de la breve nota biográfica que Ralph Alexander Leigh insertó en su edición de la *Correspondance Complète* del ginebrino. El aprecio entre ambos personajes, escasamente

conocido hasta ahora, contrasta con la muy citada referencia, procedente también de las *Confessions*, de la amistad que el filósofo mantuvo con Manuel Ignacio Altuna, uno de los fundadores de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, con quien coincidió en Venecia y, posteriormente, en París, a pesar de que fue el de Alcañices quien propició el primer encuentro de ambos personajes.

El punto de partida sobre el que empezar a armar la biografía de Francisco Xavier de Carrión –las escasas referencias de las *Confessions*– podría haber resultado poco alentador para alguien no demasiado paciente ni interesado en la investigación archivística. Sin embargo, superando las dificultades, Fernando Calderón ha sabido sacar suficiente partido de los documentos consultados, repartidos en diversos archivos, reconstruyendo con bastante verosimilitud la trayectoria biográfica del diplomático zamorano e, incluso, dando colorido a algunos pasajes de su vida, que permiten comprender al hombre que estaba oculto tras las frías notas y fechas de los repertorios y diccionarios biográficos.

El libro se estructura en 11 capítulos o apartados, más la introducción (además de la presentación y prólogo escritos por Fernando Regueras Grande y José Luis Gómez Urdáñez, respectivamente), cuyos contenidos coinciden, en su mayor parte, con las estancias en las diferentes ciudades en las que vivió Francisco Xavier de Carrión. El periplo viajero del zamorano va abriéndose paso a través de las páginas de la obra, con un relato ágil, que discurre por las principales cortes europeas.

Después de finalizar sus estudios probablemente en Madrid, su ingreso en la carrera diplomática se produjo al ser designado secretario del marqués de Mari, nombrado embajador en Venecia en 1741. Sus andanzas por la Venecia del *Gran Tour* pueden reconstruirse en parte gracias a los recuerdos de Rousseau, entonces secretario de la embajada francesa. Allí comenzó una amistad que, a pesar de que sus vidas tomaron rumbos diferentes, se mantuvo durante años. En la ciudad del Canal, donde todo invitaba a la distracción y el esparcimiento, ambos jóvenes congeniaron bien y se convirtieron en inseparables: «Los dos amigos comparten aficiones y empleo, y los dos parecen fijar sus ojos en las mismas mujeres» (p. 33). La familiaridad entre ambos se deduce, años más tarde, del cariñoso tono de una carta dirigida por Carrión («Checco») a su antiguo compañero de aventuras. Los testimonios de Rousseau acerca del gusto por la música del zamorano, que le venía por tradición familiar, resultan significativos. El autor va intercalando a lo largo de su estudio las impresiones, procedentes de la correspondencia tanto diplomática como personal, acerca de diversos espectáculos musicales a los que asistió en las capitales europeas en las que tuvo su residencia el diplomático. Inclinação que le llevó a poseer varios «papeles de música» (p. 90), que fueron reseñados en el inventario póstumo de sus bienes.

Carrión abandonó Venecia en 1746, para trasladarse a Viena, a las órdenes del marqués de Grimaldi, con el fin de desempeñar una misión reservada y secreta, y después a Suecia, como secretario de la embajada y, a partir de 1752, de encargado de negocios.

En Estocolmo, el zamorano recibió a ilustres viajeros como Bernardo Ward y Antonio de Ulloa; se carteo con Linné, a propósito de varias simientes de plantas originarias del país báltico que interesaban a la Secretaría de Estado española, y visitó la Academia de Ciencias. A finales de 1754, regresó a Viena para ejercer su nuevo destino como encargado de negocios de la legación, ciudad que abandona en 1756 cuando consigue una licencia para trasladarse a España con el fin de resolver asuntos personales. Durante el trayecto, se detiene en París dos meses junto a su compañero de viaje, el joven marqués de Almodóvar del Río, que también desarrolló una importante carrera diplomática y fue un gran aficionado a las artes y las letras. Autor, entre otras obras, de la *Década epistolar sobre el estado de las letras en Francia*.

Dos años más tarde, en 1758, el diplomático se encontraba otra vez en París, ahora como secretario de la embajada. De nuevo, Jean-Jacques Rousseau se cruza en su camino. Aunque los encuentros entre ambos debieron ser escasos y mantuvieron una relación epistolar irregular, «hay buenas razones para creer que Rousseau apreciaba sinceramente la amistad de Carrión, y que apreciaba sus dotes intelectuales» (p. 74). De hecho, su nombre figuraba en los primeros puestos de las listas de distribución de varias obras publicadas por el ginebrino en esos años (1761-1762).

En 1763, Carrión debe incorporarse a un nuevo destino, el de secretario de la embajada en Londres. El diplomático entró en contacto entonces con el enigmático Charles d'Éon de

Beaumont, que encabezaba la legación francesa. Finalmente, después de más de veinte años en el extranjero, en 1764, el rey reserva para él un puesto en la Contaduría General de las Órdenes Militares en Madrid: «Es un empleo con el que la corona desea reconocer la calidad de sus servicios» (p. 80). Su pertenencia a los círculos ilustrados madrileños la demuestra su ingreso en 1765 en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando como académico de honor y, años más tarde, en 1775, al incorporarse a la recién fundada Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Francisco Xavier de Carrión falleció en Madrid en 1779. Una breve nota en la *Gaceta de Madrid* y un elogio póstumo en su memoria publicado en el tomo IV de las *Memorias de la Real Sociedad Económica Matritense* recuerdan al hombre culto, viajado, ilustrado y cosmopolita, al que «La vida de diplomacia, la mudanza de una corte a otra corte debió ponerle muy pronto sobre la pista de ideas pensadas para cambiar el mundo» (p. 91). Resulta revelador que el único título que ha podido

conocerse a ciencia cierta que formaba parte de su biblioteca fuera *Oeuvres de Mr. de Voltaire*, publicado en Dresde entre 1748 y 1754, prohibido por la Inquisición desde 1762.

Para concluir, debe señalarse lo oportuno de la publicación de esta obra de Fernando Calderón, coincidiendo con el tricentenario del nacimiento de Francisco Xavier de Carrión, en una cuidada y esmerada edición, llena de ilustraciones, en la que solo se echa de menos un apartado bibliográfico final. Este trabajo constituye una excelente aportación para la recuperación de un protagonista, quizás de segunda fila, pero no por ello menos interesante. Hombres como él, honestos y eficaces funcionarios al servicio de la Corona, contribuyeron al programa reformista ilustrado de la monarquía hispánica del siglo XVIII. El repaso de sus vidas amplía, sin duda, el conocimiento de las relaciones internacionales y del intercambio científico y cultural entre España y Europa en el siglo de las Luces.

Elisa Martín-Valdepeñas Yagüe